NEW LEFT REVIEW 153

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO-AGOSTO 2025

ARTÍCULO

Zang Yongle — La reconfiguración de la hegemonía 7

ENTREVISTA

Roberto Schwarz — Polifonías políticas 29

ARTÍCULOS

Alyssa Battistoni — Situar la libertad 45

Aaron Benanav — Más allá del capitalismo—1 71

OBITUARIO

Comité editorial de la *NLR* — Michael Burawoy 143

ARTÍCULOS

Michael Burawoy — Palestina y Sudáfrica 147

Michael Levien — Un marxista sociológico 161

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Instituto República & Democracia

SUSCRÍBETE

tds traficantes de sueños

MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTE
DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO Y FOMENTO DE LA LECTURA

MICHAEL LEVIEN

MICHAEL BURAWOY

Marxista sociológico

El 3 de febrero de 2025, el conductor de un SUV acabó en Oakland con la incansable mente de Michael Burawoy. Con este acto de violencia sin sentido, la izquierda mundial perdió a un teórico imaginativo, un defensor acérrimo de la sociología pública, un modelo de marxismo riguroso y no doctrinario y un vínculo vivo entre los movimientos sociales contemporáneos y las luchas más antiguas. Los homenajes procedentes de Brasil, China, India, Rusia, Palestina, Sudáfrica y otros lugares dieron testimonio de las comunidades de académicos y activistas a las que había inspirado su trabajo. Hombre generoso y modesto, de intelecto excepcional y entusiasmo incontenible, Michael encarnaba su compromiso con una sociedad sin clases, con un ingenio travieso y una sonrisa irresistible. En Berkeley, donde enseñó durante casi medio siglo, impartió un curso de grado, al que asistían en torno a doscientos estudiantes, cuyos nombres memorizaba en la tercera semana, organizado a través de una serie de conversaciones que él describía como «teoría viva»[1]. Su tutoría de estudiantes de posgrado era famosa por su generosidad. Los grupos de tesis se reunían en su apartamento de Oakland, tenuemente iluminado y decorado al estilo soviético, donde se les agasajaba con una comida horrible y no se les dejaba marchar hasta que se llegaba a un consenso. Enviaba páginas y páginas de comentarios a horas intempestivas de la noche, que eran recibidos con gratitud en lugares remotos: yo cogía con entusiasmo el autobús para recoger los míos en un cibercafé de Jaipur. Para quienes lo conocieron, Michael seguirá siendo un faro de integridad personal y política. Ahora que sus cenizas descansan en el cementerio de Highgate, debemos navegar solos en la oscuridad. Un consuelo es que sigue vivo en la teoría. Aquí ofrezco un mapa provisional de lo que eso podría significar[2].

---

[1] Michael Burawoy, *Public Sociology: Between Utopia and Anti-Utopia*, Cambridge (MA), 2021, p. 197.

[2] Bajo el título *Capitalism on Earth* se publicará una descripción más completa de la perdurable relevancia sociológica de Burawoy, iniciada por sus antiguos alumnos tras su jubilación de la docencia en 2023.

En 1974 Burawoy consiguió un trabajo como operario de maquinaria en una fábrica del sur de Chicago, integrada en una de las divisiones de la multinacional Allis-Chalmers. Mientras taladraba agujeros y equilibraba poleas para fabricar componentes para motores diésel, este estudiante de posgrado de 26 años se maravillaba de lo duro que trabajaban sus compañeros para aumentar el plusvalor de su empleador. Los sociólogos industriales habían explorado la cuestión de la «restricción de la producción», preguntándose por qué los trabajadores no trabajaban más duro. Para Burawoy, la verdadera pregunta era por qué trabajaban tan intensamente como lo hacían. Luchando contra el cansancio y el aburrimiento durante los turnos de noche, se unió a sus compañeros trabajadores a destajo en el juego de «alcanzar la cuota»: cumplir con la cuota sin excederla demasiado para que no la revisaran al alza. Burawoy llegó a la conclusión de que esta constitución del trabajo como juego era un mecanismo clave mediante el cual el plusvalor se «aseguraba y ocultaba» en el lugar de trabajo del capitalismo avanzado.

A partir de este trabajo de campo, Burawoy argumentaría que el consentimiento al capitalismo se produce en el propio punto de producción, que debía entenderse como un aparato político. Este movimiento iconoclasta se inspiró en la idea de Gramsci de que el industrialismo estadounidense se había desarrollado sin las «sedimentaciones parasitarias» dejadas por las formaciones de clase precapitalistas vigentes en Europa y en su intuición de que, por lo tanto, «la hegemonía aquí nace en la fábrica»[3]. Pero Burawoy estaba reconstruyendo tanto la teoría de Gramsci de que el consentimiento se producía en el seno de la sociedad civil como la de Althusser, según la cual fluía de los aparatos ideológicos del Estado. En su influyente libro *Manufacturing Consent: Changes in the Labour Process under Monopoly Capitalism* (1982), Burawoy insistió tenazmente en que la lucha de la clase obrera no estaba garantizada por las relaciones *de* producción, sino que dependía de las relaciones *en* la producción, concepción que daría lugar a un programa de investigación sobre los «regímenes de producción» vigentes en el capitalismo avanzado, el socialismo de Estado y las economías poscoloniales del Tercer Mundo, que se prolongaría durante varias décadas[4].

---

[3] Antonio Gramsci, «Americanism and Fordism», en David Forgacs (ed.), *The Antonio Gramsci Reader*, Nueva York, 1984, p. 278.

[4] Michael Burawoy, *Manufacturing Consent: Changes in the Labour Process under Monopoly Capitalism*, Chicago (IL), 1982 [ed. cast.: *El consentimiento en la producción: Los cambios del proceso productivo en el capitalismo monopolista*, Madrid, 1989]. El libro apareció seis años antes que la obra homónima de Chomsky y Herman.

Las características definitorias de la obra de Burawoy ya eran entonces evidentes: una ambiciosa reconstrucción teórica, basada en la minuciosa atención prestada a los microprocesos de las grandes fuerzas sociales que operan en lugares pequeños. El resultado sería un marxismo profundamente sociológico, forjado en el crisol de la recién independizada Zambia, dotado de profundidad por sus lecturas del marxismo estructural de la mano de un joven Adam Przeworski en la Universidad de Chicago, reconstruido a través de un programa de investigación sobre los regímenes de producción, que abarcaba todo el mundo, llevado a cabo desde Berkeley y ampliado a través de diálogos teóricos con Polanyi, Bourdieu y Du Bois. Aunque Burawoy aplicó la etiqueta de «marxismo sociológico» específicamente a la fusión tardía que acometió de Gramsci y Polanyi, yo sostengo que es una descripción adecuada de toda su obra[5]. Sus premisas clave se mantuvieron constantes a lo largo de toda su carrera.

Diálogo doble

El marxismo sociológico de Burawoy se desarrolló en dos fases distintas. La primera, aparentemente ortodoxa en su forma, pero radicalmente heterodoxa en su contenido, privilegiaba el punto de producción como el lugar de estabilización del capitalismo o, en realidad, de su trascendencia. Esta concepción generó un programa de investigación, que se prolongó durante varias décadas, sobre los regímenes de trabajo en tres continentes y produjo hallazgos teóricos de relevancia duradera. La segunda fase, a partir de mediados de la década de 1990, miró más allá de la producción hacia la sociedad civil. De manera totalmente heterodoxa, Burawoy impulsó el marxismo para que se comprometiera con los múltiples movimientos sociales generados por las depredaciones del capitalismo, así como con las imbricaciones de clase, raza y género. Desprovistas de las ataduras impuestas por la investigación etnográfica, estas intervenciones posteriores identificaron problemas teóricos reales para el marxismo y ofrecieron direcciones imaginativas para su reconstrucción.

El diálogo fue un motivo recurrente a lo largo de toda su obra. La enseñanza era un intercambio entre el profesor y el alumno; la etnografía implicaba interacciones mutuas entre los participantes-observadores y aquellos en cuyo mundo vital se adentraban; la sociología misma se fundaba en los intercambios entre sus teóricos canónicos. Por encima de todo, el marxismo

---

[5] Michael Burawoy, «For a Sociological Marxism: The Complementary Convergence of Antonio Gramsci and Karl Polanyi», *Politics & Society*, vol. 31, núm. 2, 2003.

sociológico de Burawoy evolucionó a través de dos diálogos entrelazados: por un lado, entre el marxismo y la disciplina de la sociología; por otro, entre el marxismo y la clase obrera[6]. El primero dio lugar a un planteamiento rigurosamente empírico, pero implacablemente crítico y emancipador. Burawoy nunca fue dogmático ni ideólogo. Aunque alentaba toda movilización contra el capitalismo, la opresión y el despotismo –incluso en su propio departamento–, desconfiaba de las facciones. Con poca paciencia para las posturas retóricas, tenía una fidelidad inquebrantable al descubrimiento del mundo tal y como es, al tiempo que insistía en identificar las posibilidades no realizadas de lo que podría ser[7].

Ese rigor también se manifestaba en su minuciosa, algunos dirían abrumadora, atención prestada a los detalles de los regímenes fabriles, de África a Estados Unidos pasando por el bloque soviético. Buroway volvía una y otra vez a sus propios estudios décadas después de haberlos escrito, obsesionado por lo que había entendido mal y por lo que los estudios comparativos posteriores habían sacado a la luz. Desde un punto de vista socialista, pocos de sus hallazgos ofrecían mucho aliento, pero ello no extinguió en todo caso el impulso emancipador de su sociología crítica. Las etnografías históricamente documentadas de Burawoy situaban las causas de la reproducción social en relaciones sociales concretas, susceptibles de ser cuestionadas desde abajo, más que en leyes atemporales. A través de sus continuas comparaciones entre lugares de trabajo localizados en diversas partes del mundo –un programa de investigación excepcionalmente coherente y dinámico–, trató de reconstruir el marxismo como una tradición teórica viva, que se enfrenta a una realidad capitalista en constante cambio, y no como un conjunto de verdades heredadas, que se encuentran en *El capital*[8].

Si el diálogo con la sociología mantuvo empíricamente fundado al marxismo de Burawoy, su implicación con la clase obrera no solo determinó su planteamiento sustantivo, sino también su método y su estilo. Su trabajo teórico permaneció disciplinado por la experiencia del trabajo manual y la compañía de sus compañeros de trabajo. Aunque era un erudito intimidante

---

[6] Michael Burawoy, «Marxism and Sociology», *Contemporary Sociology*, vol. 6, núm. 1, 1977.
[7] Un colega ha llamado «realismo marxista» a este compromiso netamente sociológico de Burawoy. Véase Cihan Tuğal, «Michael Burawoy's Marxism for Realists», *Jacobin*, 19 de marzo de 2025; ed. cast.: «El marxismo para realistas de Michael Burawoy», *Jacobin*, 2 de abril de 2025.
[8] Michael Burawoy, «Marxism as Science: Historical Challenges and Theoretical Growth», *American Sociological Review*, vol. 55, núm. 6, 1990.

en ciencias sociales, antropología, teoría e historia universal, rehuía hacer alarde de su erudición. Su estilo era rigurosamente antipretencioso. Sus frases son conceptualmente ricas, pero sin adornos; como en un apartamento Bauhaus, la forma sigue a la función. La prosa es transparente, impulsada por las luchas sociales, que constituyen su tema subyacente.

Sin embargo, aunque se movía entre el marxismo y la sociología, Burawoy siempre tuvo claro cuál era su postura. Se tomaba la sociología muy en serio y llegó a lo más alto de la profesión, dirigiendo la American Sociological Association y la International Sociological Association y supervisando más de ochenta tesis doctorales, pero no se consideraba un sociólogo marxista. Para él, ello significaría intentar asimilar las ideas marxistas dispersas en la sociología, aceptando los términos de esta última y renunciando así a las premisas específicas del marxismo[9]. El marxismo no era un supermercado de ideas, sino una tradición teórica dinámica, inmersa en un diálogo productivo pero antagónico con la sociología, una disciplina fundada al hilo de la crítica de Marx. A Burawoy le gustaba citar la observación de Alvin Gouldner de que el marxismo y la sociología eran como gemelos siameses: «La desaparición de uno presagia la desaparición del otro. Tienen un destino común no *a pesar de* que se hayan desarrollado en oposición dialéctica, sino precisamente *gracias* a ella»[10]. Pero él contribuyó a este diálogo de opuestos desde el punto de vista del marxismo sociológico, es decir, desde una rama del marxismo, y no desde la sociología marxista, una rama de la sociología.

Premisas y método

En su concepción pueden discernirse tres premisas fundamentales. La primera, establecida por Marx en *Sobre la cuestión judía* y compartida por los padres fundadores de la sociología, era la primacía de la sociedad. Burawoy se decantaba por *La ideología alemana*, donde Marx aclaraba su tesis cuádruple: los seres humanos hacen la historia al transformar la naturaleza, mediante relaciones sociales específicas, multiplicando las necesidades y a sí mismos en el proceso. Como se resume concisamente en el «Prefacio» de 1859 de la *Contribución a la crítica de la economía* política: «En la producción de su vida, los hombres entran en relaciones determinadas, indispensables

---

[9] Michael Burawoy, «Marxism and Sociology» y «Marxism after Communism», *Theory and Society*, vol. 29, 2000.

[10] Alvin Gouldner, *The Two Marxisms: Contradictions and Anomalies in the Development of Theory*, Nueva York, 1980; ed. cast.: *Los dos marxismos*, Madrid, 1989.

e independientes de su voluntad»[11]. Las relaciones *de* producción definían los diversos modos históricos de producción; las relaciones *en* la producción, argumentaba Burawoy, condicionaban además los procesos vitales y la subjetividad de los trabajadores y trabajadoras. La adhesión de Burawoy a las premisas originales de Marx lo enfrentaría más tarde a los marxistas analíticos, entre ellos Jon Elster y su antiguo mentor, Przeworski, que adoptaron el modelo neoclásico de individuos atomizados, que compiten en función de su propio interés. Para Burawoy, ese modelo estilizado no explicaba nada sin un análisis de las relaciones sociales concretas, que formaban y guiaban los intereses en contextos históricos concretos[12].

La segunda premisa era el razonamiento relacionado de que el marxismo necesitaba microfundamentos. Al igual que no podía haber procesos micro sin fuerzas macro, tampoco podía haber «fuerzas macro sin procesos micro»[13]. Los microprocesos son los patrones de cambio social experimentados en la vida cotidiana, que están estructurados por fuerzas sociales más amplias y que, en determinadas condiciones, pueden reestructurarlas. Aunque profundamente comprometido con corrientes de la macrosociología como la teoría de los sistemas-mundo, Burawoy sostenía que las teorías del capitalismo debían dar cuenta de las anomalías descubiertas por la investigación microsociológica de casos particulares. Las anomalías a este nivel –en la fábrica, en el pueblo, en el *call center*– no eran ruido digno de ser ignorado, sino música a la que había que prestar atención. La necesidad de microfundamentos se aplicaba sobre todo a las teorías de la formación de clase. No había modo alguno de comprender el futuro del capitalismo –o del socialismo– sin comprender la vida cotidiana de quienes podrían construir la transición de uno a otro. Este compromiso convirtió a Burawoy en un ave rara: un etnógrafo marxista.

---

[11] Karl Marx, «On the Jewish Question», y «Preface to *A Contribution to the Critique of Political Economy*», en Robert Tucker (ed.), *The Marx-Engels Reader*, Nueva York, 1972 [ed. cast.: *Obras escogidas*, Madrid, 2016, *La cuestión judía*, Barcelona, 2009]. Burawoy sostuvo que el «Prefacio» contenía los siete postulados centrales del materialismo histórico, M. Burawoy, «Marxism as Science: Historical Challenges and Theoretical Growth», cit.

[12] Aunque elogia los logros de Przeworski, Burawoy sostenía que «las relaciones *en* la producción, la experiencia *vivida* de la clase» se le escapaban; el resultado fue que su teoría del compromiso de clase bajo la socialdemocracia se basaba en «individuos míticos más que reales, en relaciones abstractas más que concretas», Michael Burawoy, «Marxism without Micro-Foundations», *Socialist Register*, vol. 89, núm. 2, 1989, pp. 61, 85.

[13] Michael Burawoy, «The Extended Case Method», *Sociological Theory*, vol. 16, núm. 1, 1998, p. 9.

La tercera premisa era que el marxismo es, dicho en los términos de Imre Lakatos, un programa de investigación en marcha, que se reconstruye continuamente ante los cambios históricos, las anomalías empíricas y los retos de otras tradiciones teóricas[14]. Burawoy lo comparó con un árbol, arraigado en los postulados fundamentales de Marx y Engels, pero con ramas –alemanas, rusas, occidentales, del Tercer Mundo– que habían evolucionado para absorber los retos de la historia. Algunas ramas degeneraron, pero otras siguieron creciendo gracias a su capacidad para explicar y predecir nuevos hechos. Mientras el marxismo siguiera desarrollándose internamente a través del diálogo con «los desafíos históricos externos a los que se enfrenta», la continua transformación del capitalismo garantizaría su relevancia[15].

Burawoy combinaría estas premisas en su elaboración del método de caso extendido, una innovación radical en la investigación etnográfica, cuya existencia había descubierto por primera vez a los 23 años, durante un viaje por el sur de África[16]. Este planteamiento desafiaba el estructuralismo funcionalista predominante al situar los estudios sobre los pueblos en el contexto de la política colonial de asentamiento, la industrialización, la agricultura comercial y la migración de la fuerza de trabajo. Considerar al colonizador y al colonizado, la tribu y la mina, como «partes de un mismo campo social», desafiaba las tradiciones funcionalistas predominantes al convertir la historia, el proceso y el conflicto en objetos explícitos de estudio[17]. En manos de

---

[14] Imre Lakatos, *The Methodology of Scientific Research Programmes*, vol. 1, Cambridge, 1978; ed. cast.: *La metodología de los programas de investigación científica*, Madrid, 1993.

[15] M. Burawoy, «Marxism as Science: Historical Challenges and Theoretical Growth», cit., p. 776.

[16] El método de caso extendido fue desarrollado en la Universidad de Manchester por el antropólogo sudafricano exiliado Max Gluckman. A diferencia de la etnografía clásica, que se centraba en tribus aisladas, la innovación crucial de Gluckman fue situar la aldea africana en su contexto social e histórico más amplio. Gluckman utilizó la famosa ceremonia de inauguración de un nuevo puente en Zululandia como ventana a una estructura social dominada por un moderno sistema industrial y agrícola capitalista, Max Gluckman, «Analysis of a Social Situation in Modern Zululand», *Bantu Studies*, vol. 14, núm. 1, 1940. Lusaka, entonces capital de Rodesia del Norte, había sido un importante centro de investigación para la Escuela de Manchester durante las últimas décadas del Imperio británico y la conexión se mantuvo tras la independencia del país. Para una crítica de la proximidad de la Escuela de Manchester al aparato colonial, véase Bernard Magubane, «A Critical Look at Indices Used in the Study of Social Change in Colonial Africa», *Current Anthropology*, vol. 12, números 4-5, 1971.

[17] Para evaluar la diferencia con la tradición estructuralista de Evans-Pritchard, véase Max Gluckman, «Ethnographic Data in British Social Anthropology», *The Sociological Review*, vol. 9, núm. 1, 1961; Jaap van Velsen, «The Extended-case Method and Situational Analysis», en A. L. Epstein (ed.), *The Craft of Social Anthropology*, Londres, 1967.

Burawoy, el método de caso extendido conectaría los lugares de investigación etnográfica con las transformaciones globales, abordando cuestiones explícitamente teóricas de la mano de un antipositivismo reflexivo, que también cuestionaba la presencia de los sociólogos en el mundo que estudiaban. Burawoy argumentaba que el método requería cuatro ampliaciones cruciales:

> la extensión del observador a la vida del participante, la extensión de las observaciones en el tiempo y el espacio, la extensión de los microprocesos a las macrofuerzas y, por último, subyacente e informando cada uno de estos, la extensión de la teoría[18].

A diferencia del empirismo reinante en la etnografía de la sociología estadounidense, el planteamiento de Burawoy introducía decisivamente la teoría en la observación participante:

> No empezamos con los datos, empezamos con la teoría. Sin teoría, estamos ciegos, no podemos ver el mundo. La teoría es la lente necesaria, que aportamos a nuestra relación con el mundo y para dar sentido mediante ella a su infinita diversidad [...]. Empezamos con la teoría que guía nuestras interacciones con los demás y nos permite identificar fuerzas relevantes más allá de nuestro propio ámbito. En el proceso, sus deficiencias se hacen evidentes en las anomalías y contradicciones, que tratamos de rectificar[19].

Para los etnógrafos, el método de caso extendido sigue siendo crucial para que las pruebas contextualizadas de la investigación de campo adquieran una mayor relevancia empírica y teórica. Burawoy lo utilizaría para convertir sus etnografías de la fábrica en reconstrucciones capaces de abordar importantes cuestiones históricas: la reproducción de la línea divisoria racial en el capitalismo poscolonial, la construcción del consentimiento de la clase trabajadora en el capitalismo avanzado, las perspectivas de una revolución socialista democrática bajo el socialismo de Estado y la transición regresiva del socialismo al capitalismo. Impulsado por estas preocupaciones macroscópicas, el resultado fue una sorprendente sinergia entre teoría y etnografía, que se desarrolló a lo largo de una carrera larga y variada.

---

[18] Michael Burawoy, «*Manufacturing Consent* Revisited», *La Nouvelle Revue du Travail*, núm. 1, 2012.
[19] Michael Burawoy, *The Extended Case Method: Four Countries, Four Decades, Four Great Transformations and One Theoretical Tradition*, Berkeley (CA), 2009, pp. 13, 17.

De la mina de cobre a la fábrica

Nacido en Manchester en 1947, Burawoy se graduó en Matemáticas en Cambridge en 1968 y luego se marchó a Sudáfrica. Trabajó primero como periodista en Johannesburgo, antes de viajar hacia el norte. A través de la izquierda *antiapartheid*, entró en contacto en Lusaka con el antropólogo Jack Simons, miembro de la red de la Escuela de Manchester. Simons y sus colegas animaron a Burawoy a investigar la relación existente entre las empresas mineras de cobre y el nuevo gobierno de Zambia, cinco años después de la independencia. Su licenciatura en Matemáticas le ayudó a conseguir un trabajo en el departamento de personal de Kitwe, en el corazón de la región minera del cobre.

Actuando como participante-observador encubierto, Burawoy descubrió las maquinaciones mediante las cuales las empresas mineras de propiedad extranjera subvertían la política oficial de «zambianización» para reproducir la discriminación racial. Al promover a los trabajadores africanos como «capitanes de mina» desprovistos de poder, los convertían en pararrayos de la ira de los trabajadores, mientras que los empleados blancos eran reubicados en puestos de oficina. Burawoy desarrolló esta investigación como estudiante de máster en la nueva Universidad de Zambia, en Lusaka, trabajando con Jaap van Velsen, antropólogo de la segunda generación de la Escuela de Manchester y el profesor más importante de Burawoy[20]. El profesorado tenía en general una orientación marxista y Burawoy se impregnó del socialismo africano imperante. Se unió a las protestas del campus y escribió una tesis sobre el papel de los estudiantes en la estructura social y política de Zambia, «un extenso análisis de 500 páginas». Eran días emocionantes en los que, como sociólogo, uno se sentía «en el centro de una turbulenta transformación de la sociedad», mientras la investigación de su departamento «conectaba con la salida de Zambia del colonialismo y su entrada en un nuevo mundo»[21].

El estudio de Burawoy *The Colour of Class on the Copper Mines* estaba impregnado de la alegría del sociólogo novato[22]. Abordaba de forma ecléctica a Weber, Durkheim, Merton y Gouldner, al tiempo que llegaba a la conclusión

---

[20] Jaap van Velsen también tuvo una gran influencia en Giovanni Arrighi, su antiguo compañero en el University College of Rhodesia and Nayasaland. Véase Giovani Arrighi, «Las sinuosas sendas del capital», NLR 56, mayo-junio de 2009.
[21] M. Burawoy, *Public Sociology: Between Utopia and Anti-Utopia*, cit., pp. 77-79.
[22] Michael Burawoy, *The Colour of Class on the Copper Mines: From African Advancement to Zambianization*, Manchester, 1972.

fundamentalmente fanoniana de que las perspectivas de descolonización estaban limitadas no solo por la base económica poscolonial, centrada en el cobre, sino también por el interés de clase de la burguesía nacional en reproducir la barrera racial. Aunque las minas eran fundamentales, lo que Burawoy denominaría más tarde la «política de la producción» todavía no era el centro de su atención; no había leído seriamente a Marx ni había cogido una pala con sus manos. Pero el libro demostró un interés temprano y duradero por las interrelaciones existente entre raza y clase, así como por la singularidad del capitalismo poscolonial. Publicado con cierta fanfarria en Zambia, leído por ministros del gobierno y comentado en televisión, fue la principal obra de sociología pública de Burawoy. Paradójicamente, el gobierno utilizó el libro para disciplinar a los directivos de las minas, elevando ligeramente la barrera racial en la escala profesional[23].

El sur de África dejó una huella profunda y duradera en Burawoy. La estrecha conexión entre el debate intelectual y la praxis política vigente en el seno de los círculos *antiapartheid* influiría más tarde en su comprensión de la sociología pública. Sudáfrica también sería objeto de importantes artículos sobre la migración laboral y el *apartheid*[24]. Pero las raíces del marxismo sociológico se arraigaron más profundamente en Zambia, donde la iniciación de Burawoy en el método de caso extendido le sugirió una forma de combinar una incipiente imaginación teórica marxista con la disciplina y la emoción del trabajo de campo. Lo más significativo para su planeamiento fue el peso del método en su formación inicial. En 1972, cuando llegó a la Universidad de Chicago para cursar un doctorado financiado con los ahorros que había acumulado en la zona minera zambiana del cobre, ya tenía las ideas muy claras sobre cómo relacionar la teoría y la observación[25].

En comparación con los seminarios interdisciplinares de Lusaka, la sociología en Chicago resultó ser «autocomplaciente en su provincialismo»[26]. La facultad no podía aceptar fácilmente la osadía de un estudiante de posgrado

---

[23] Burawoy volvería a su estudio sobre Zambia en *Manufacturing Consent: Changes in the Labour Process under Monopoly Capitalism*, cit. y en *The Politics of Production: Factory Regimes Under Capitalism and Socialism*, Londres y Nueva York, 1985.
[24] Michael Burawoy, «The Functions and Reproduction of Migrant Labour»; Michael Burawoy, «The Capitalist State in South Africa: Marxist and Sociological Perspectives on Race and Class», *Political Power and Social Theory*, vol. 2, 1981.
[25] M. Burawoy, *Public Sociology: Between Utopia and Anti-Utopia*, cit., pp. 83-85.
[26] *Ibid.*, pp. 83-86. La teoría de la elección racional y el análisis de redes habían eclipsado a la Escuela de Chicago de etnografía urbana, cuyos últimos practicantes «seguían tratando sus campos de estudio como Malinowski había tratado a los isleños de Trobriand, aislados del mundo y de la historia», M. Burawoy, *The Extended*

(desprovisto de financiación), que entraba en las prestigiosas aulas de la Escuela de Chicago y realizaba una investigación etnográfica en su propia zona –el estudio de caso de la fábrica de Allis-Chalmers– con un método antropológico forjado en el África rural. Burawoy salió adelante gracias al apoyo de William Julius Wilson, entonces profesor adjunto, y al estímulo del seminario sobre marxismo de Przeworski, que le introdujo en la obra de Althusser, Poulantzas, Balibar, Godelier y otros autores marxistas, proporcionándole herramientas teóricas clave para su conceptualización de las relaciones de trabajo en la fábrica[27].

Publicado en 1982, *Manufacturing Consent: Changes in the Labour Process under Monopoly Capitalism* anunciaba sus tesis con no poca bravuconería[28]. Se trataba de una crítica exhaustiva de la perspectiva gerencial de la sociología industrial del periodo de posguerra, así como de la subsunción teórica de sus hallazgos. Al carecer de una teoría de la organización del proceso de trabajo bajo el capitalismo, argumentaba, la sociología del trabajo no podía explicar ni las condiciones del consentimiento que encontraba ni los casos de conflicto que pretendía remediar. Burawoy encontró pocos rastros de la militancia obrera que el sociólogo de la Escuela de Chicago Donald Roy había registrado en la misma fábrica tres décadas antes. En lugar de huelgas, observó trabajadores atomizados, que intentaban «escaquearse» con sus objetivos de destajo, y detectó más conflictos con los trabajadores auxiliares que con la dirección. Burawoy caracterizó esto como un cambio de un régimen de producción «despótico» a uno «hegemónico». «Escaquearse», explicó,

> inserta al trabajador en el proceso de trabajo como un individuo en lugar de como miembro de una clase caracterizada por una relación particular con los medios de producción. Los trabajadores controlan sus propias máquinas en lugar de estar controlados por ellas, lo que aumenta su autonomía. Ponen en marcha sus máquinas por sí mismos, lo que crea la apariencia de que, como individuos, pueden transformar la naturaleza en mercancías útiles[29].

Case Method: Four Countries, Four Decades, Four Great Transformations and One Theoretical Tradition, cit., p. 4.

[27] M. Burawoy, *Public Sociology: Between Utopia and Anti-Utopia*, cit., pp. 86-93.

[28] Como recordaba un crítico: «*Manufacturing Consent* está profundamente imbuido por la actitud de su autor y, esta, en su mayor parte, es arrogante. Recuerdo haber quedado de algún modo impresionado por el alcance de su ambición [...] y por el aire confiado, a veces despreocupadamente desdeñoso, con el que su joven autor barrió por completo subcampos enteros de la sociología», Robin Leidner, «*Manufacturing Consent* Reexamined», *Contemporary Sociology*, vol. 30, núm. 5, 2001, p. 439.

[29] M. Burawoy, *Manufacturing Consent: Changes in the Labour Process under Monopoly Capitalism*, cit., p. 81.

Manufacturing Consent: Changes in the Labour Process under Monopoly Capitalism fue también una poderosa crítica a *Labour and Monopoly Capital* (1974), de Harry Braverman, quizá el estudio más significativo sobre el proceso de trabajo escrito desde *El capital*. El libro de Braverman, publicado mientras Burawoy trabajaba en la fábrica, trataba de mostrar cómo, bajo el «capitalismo monopolista», la tecnología y la gestión científica profundizaban la separación «entre la concepción y la ejecución», completando la transformación de los trabajadores en objetos[30]. Burawoy podía detallar muchos ejemplos de «concepción» en las prácticas de cumplimiento de cuotas de destajo de sus compañeros de trabajo. Pero, sobre todo, argumentaba, eran las adaptaciones subjetivas de los trabajadores al trabajo en la fábrica las que garantizaban su consentimiento a la explotación. Los procesos laborales se constituían política e ideológicamente de modos tan históricamente variables, que contradecían el estudio de Braverman sobre la profundización de la degradación y el desencanto.

De Berkeley a Siberia

Gracias a su tesis doctoral y a sus textos sobre el África meridional, Burawoy fue nombrado profesor adjunto en Berkeley en 1977. Su nombramiento no estuvo exento de controversia, ya que su grupo estaba cuestionando los paradigmas establecidos en la sociología y la resistencia podía ser feroz[31]. Sin embargo, la oposición impulsó a Burawoy a formalizar su concepción. Con dos etnografías del lugar de trabajo en su haber, ahora tenía en mente un ambicioso programa de investigación. ¿Cómo variaban los regímenes de producción –el modo particular de regular la relación entre el capital y el trabajo en el lugar de producción– en el seno de los diferentes modos de producción y entre ellos? *The Politics of Production: Factory Regimes Under Capitalism and Socialism* se basó en gran medida en fuentes secundarias para abordar esta cuestión, comparando el régimen de producción «hegemónico», que Burawoy había estudiado en Chicago, con las fábricas textiles

---

[30] Harry Braverman, *Labour and Monopoly Capital*, Nueva York, 1974, p. 79; ed. cast.: *Trabajo y capital monopolista*, Ciudad de México, 1975.

[31] La solicitud de Burawoy para ingresar en Berkeley fue inicialmente rechazada por considerar que su trabajo era «demasiado ideológico»; sus primeros seis años allí estarían marcados por una campaña de la derecha empeñada en negarle la titularidad docente. Su solicitud original incluía una carta difamatoria de Edward Shils, teórico de la modernización de la Universidad de Chicago y «eminencia gris anticomunista», M. Burawoy, *Public Sociology: Between Utopia and Anti-Utopia*, cit., p. 123. Erik Olin Wright, entonces estudiante de posgrado miembro del comité de contratación, tuvo la amabilidad de extraer la carta de su expediente. Michael la conservó enmarcada sobre su escritorio.

inglesas de la época de Marx, caracterizadas por el denominado «despotismo de mercado», el régimen «despótico colonial» de Rodesia del Norte (Zambia antes de la independencia) y el régimen «despótico burocrático» de una fábrica metalúrgica en la Hungría socialista[32]. Para este último régimen de producción, Burawoy recurrió a *A Worker in a Worker's State* (1978), de Miklós Haraszti, que examinaba las relaciones laborales existentes en una planta muy similar a la fábrica de Allis-Chalmers de Chicago.

Una estructura dialéctica subyacía a la tipología aparentemente weberiana de Burawoy. El carácter de los regímenes de trabajo variaba no solo entre los modos de producción, sino también dentro de ellos, y estaba determinado por el grado de dependencia de los trabajadores respecto a las empresas para la reproducción de su fuerza de trabajo, dependencia que se veía reducida por los seguros públicos, la negociación colectiva y el acceso persistente a medios de producción. Los regímenes de producción determinaban la lucha de clases, al igual que la lucha de clases y las crisis capitalistas determinaban estos. El marxismo que surgió de este modelo era heterodoxo en sus conclusiones: si la base estaba tan subjetivamente saturada como la superestructura, no era, pues, ni garante de progreso ni fuente de pacificación. Era en realidad un ámbito de la política que los marxistas descuidaban en su detrimento. Un socialismo digno de su nombre tendría que transformar tanto el aparato estatal como los «aparatos políticos de producción»[33].

A principios de la década de 1980, Burawoy siguió de cerca el desarrollo de Solidarność en Polonia, que convirtió una huelga masiva convocada en los astilleros de Gdańsk en un movimiento nacional. Animado por la creencia de que ello podría presagiar una transición del socialismo de Estado al socialismo democrático, Burawoy se preparó para llevar a cabo una investigación allí, aprendiendo polaco y consiguiendo un permiso. En diciembre de 1981, Jaruzelski declaró la ley marcial y la oportunidad de Burawoy de estudiar «la primera revuelta obrera a escala social de la historia» se esfumó[34]. Sin desanimarse, se trasladó a Hungría, invitado por Iván Szelényi, coautor de *The Intellectuals on the Road to Class Power* (1979). Con la ayuda del sociólogo János Lukács, a mediados de la década de 1980 Burawoy logró entrar en «la morada oculta del lugar de trabajo socialista», primero como operario de taladro radial en un taller mecánico y luego como fundidor en la Acería

---

[32] M. Burawoy, *The Politics of Production: Factory Regimes Under Capitalism and Socialism*, cit.
[33] *Ibid.*, pp. 111-112.
[34] M. Burawoy, *Public Sociology: Between Utopia and Anti-Utopia*, cit., pp. 141-142.

Lenin, el centro neurálgico de la economía planificada de Hungría. Michael era uno de los 16.000 trabajadores, que cada día cruzaban las puertas de la fábrica bajo un busto de Lenin. Junto con otros miembros de la Brigada Socialista de la Revolución de Octubre, supervisaba un convertidor de oxígeno, mientras por encima de su cabeza pasaban grúas con lingotes de hierro fundido y chatarra.

El estudio de Burawoy, *The Radiant Past: Ideology and Reality in Hungary's Road to Capitalism*, escrito en colaboración con Lukács, es posiblemente su mejor obra etnográfica, ya que combina la densidad teórica con ricas descripciones de la vida de la clase trabajadora, ausentes en gran medida en *Manufacturing Consent: Changes in the Labour Process under Monopoly Capitalism*[35]. Al encontrar sorprendentemente eficiente la instalación metalúrgica húngara, que producía más piezas y de mayor calidad que la fábrica de Allis-Chalmers en Chicago, en la cual las piezas defectuosas yacían esparcidas por el suelo del centro de trabajo, el libro argumentaba que en determinadas condiciones las empresas socialistas podían funcionar mejor que las capitalistas. La «economía de la escasez» de Hungría, un concepto tomado de János Kornai, exigía una organización flexible del trabajo, lo que a su vez estimulaba la autonomía y la productividad de los trabajadores. Por el contrario, como división de una multinacional, la fábrica de Allis-Chalmers adolecía de patologías que a menudo se atribuyen a la planificación estatal, como los cambios repentinos de objetivos.

El segundo argumento de *The Radiant Past: Ideology and Reality in Hungary's Road to Capitalism* era que los regímenes de producción del socialismo, y no los del capitalismo, generaban conciencia de clase en la clase obrera. Dado que «la apropiación central del excedente es gestionada directa y visiblemente por órganos del Estado en el punto de producción», no puede ocultarse, como sucede en el capitalismo, sino que debe legitimarse[36]. Tales pretensiones de legitimación se contraponían fácilmente a la realidad y resultaban insuficientes y «a partir de esta divergencia entre la ideología y la realidad se desarrolla una conciencia específica de la clase obrera». Mientras que los regímenes de producción del capitalismo avanzado fabricaban el consentimiento, los «regímenes burocráticos» del socialismo fabricaban la disidencia. La conciencia de clase latente se manifestaba en el cinismo de los compañeros de trabajo de Burawoy, que no

---

[35] Michael Burawoy y Janos Lukács, *The Radiant Past: Ideology and Reality in Hungary's Road to Capitalism*, Chicago (IL), 1992.
[36] *Ibid.*, pp. 134, 139.

se hacían ilusiones sobre su explotación[37]. Sin embargo, la organización relativamente autónoma del trabajo, combinada con las oportunidades de la «segunda economía», servían para despotenciar la disidencia en el régimen «burocrático hegemónico» de Hungría, condiciones que no se daban en el «despotismo burocrático» de Polonia.

Burawoy fue uno de los pocos marxistas occidentales que se tomó en serio la experiencia histórica del socialismo realmente existente, justo cuando estaba colapsando. A principios de 1991 consiguió trabajo en la Rusia soviética, cuando las reformas de Gorbachov y Yeltsin resonaban en la economía planificada. Su primer empleo fue en una fábrica de caucho de Moscú, Kauchuk, profundamente dividida entre los partidarios de la economía de mercado y los defensores del antiguo sistema. Su siguiente destino fue Siberia: las minas de carbón de Vorkuta, donde los trabajadores se habían declarado en huelga contra el régimen en 1989 y donde Burawoy se encontró entrevistando a sindicalistas y directivos de la empresa mientras estos negociaban la privatización y las indemnizaciones[38]. Con la ayuda de su colaborador, Pavel Krotov, encontró trabajo como operario de maquinaria en una fábrica de muebles en la cercana Syktyvkar, pero allí, una vez más, los directivos pronto empezaron a desmantelar los activos de la empresa y a despedir a los trabajadores. Expulsado junto con ellos de la fábrica, Burawoy terminó estudiando las estrategias de supervivencia en virtud del género de los hogares recién desempleados, reducidos a la subsistencia, el trueque y el pequeño comercio. El intercambio había canibalizado la producción al hilo de un proceso que Burawoy describió de forma memorable como «desacumulación primitiva»[39].

Transiciones

Contemplada retrospectivamente, la caída de la Unión Soviética marcó un profundo punto de inflexión para Burawoy. En primer lugar, supuso el fin de su práctica metodológica como trabajador-observador: «Cuando las fábricas cerraban y la producción caía en picado, quitarle el trabajo a alguien no solo era inmoral, sino que tampoco era el lugar adecuado para estudiar el nuevo orden», señaló al colgar sus botas de trabajo[40]. La terapia de choque

---

[37] M. Burawoy, *Public Sociology: Between Utopia and Anti-Utopia*, cit., pp. 144-145.
[38] Michael Burawoy y Pavel Krotov, «The Economic Basis of Russia's Political Crisis», *NLR* I/198, marzo-abril de 1993.
[39] Michael Burawoy, Pavel Krotov y Tatiana Lytkina, «Involution and Destitution in Capitalist Russia», *Ethnography*, vol. 1, núm. 1, 2000.
[40] M. Burawoy, *The Extended Case Method: Four Countries, Four Decades, Four Great Transformations and One Theoretical Tradition*, cit., p. 235.

también provocó un cambio teórico, pasando del punto de producción al del intercambio. El marxismo, reflexionaba, tendría dificultades para comprender el origen del capitalismo postsoviético: «El secreto oculto del orden emergente no residía en el proceso de trabajo, sino en el ámbito del intercambio, que estaba corroyendo sistemáticamente la producción»[41]. Burawoy percibió con total claridad el carácter destructivo de la liberalización postsoviética a la que denominó, parafraseando a Polanyi, «la gran involución».

El neoliberalismo se extendía a escala global, generando nuevos movimientos sociales que protestaban contra los estragos del mercado. Las diversas expresiones de la mercantilización –despojo de tierras, demolición de zonas urbanas hiperdegradadas, ajuste estructural del FMI, privatizaciones, destrucción ecológica– daban lugar a luchas materiales fuera del ámbito de la producción. Los alumnos de Burawoy estudiaban estos acontecimientos y le animaron a tomarse en serio la globalización[42]. Con esta nueva era del capitalismo, el marxismo sociológico de Burawoy entró en su segunda fase. A partir de entonces, sus intervenciones teóricas no estarían directamente vinculadas a la práctica etnográfica, aunque siguió estando muy atento a las realidades históricas cambiantes y se mantuvo muy involucrado en las etnografías de sus numerosos alumnos. En su lugar, inició una serie de diálogos entre el marxismo y otras teorías sociales: primero Polanyi, luego Bourdieu y finalmente Du Bois. Se trataba de ejercicios de imaginación y clarificación teóricas, llevados a cabo con la claridad y la apertura al intercambio característicos de Burawoy. Vale la pena examinar cada uno de ellos por separado.

Polanyi. El autor de *La gran transformación* fue la puerta de entrada de Burawoy desde el punto de la producción al terreno de la sociedad civil. A finales de la década de 1990 el segundo advenimiento del *laissez-faire* fue global y despiadado, al tiempo que también se producía el ascenso de los nuevos movimientos altermundialistas. La ambiciosa concepción de la mercantilización de *La gran transformación* parecía ahora relevante para comprender el «doble movimiento» del giro neoliberal y las oposiciones que este generó. Pero la lectura de Burawoy era crítica. Su Polanyi era, ante todo, el teórico de las dislocaciones sociales de la mercantilización. La mercantilización de la tierra, del trabajo y del dinero amenazaba a la «sociedad», pero para Burawoy no se trataba del todo orgánico durkheimiano presente en *La gran transformación*, sino de un terreno de hegemonías de clase que

---

[41] M. Burawoy, *Public Sociology: Between Utopia and Anti-Utopia*, cit., p. 155.
[42] Véase Michael Burawoy *et al.*, *Global Ethnography: Forces, Connections and Imaginations in a Postmodern World*, Berkeley (CA), 2000.

competían entre sí. Los contramovimientos de Polanyi se refractarían a través del equilibrio de fuerzas de Gramsci, bifurcándose aún más por la dominación racial y de género, al tiempo que seguirían produciendo formas tanto reaccionarias como emancipadoras.

Al considerar la sociedad civil, en lugar de la fábrica, como el lugar clave de investigación, Burawoy se acercó al terreno de la sociología clásica y se vio obligado a reformular la tarea del marxismo sociológico[43]. A través de la lente polanyiana, Burawoy replanteó ahora el marxismo como una respuesta históricamente evolutiva a tres oleadas sucesivas de mercantilización. El marxismo clásico surgió de la mercantilización del trabajo en el siglo XIX, mientras que la socialdemocracia de mediados del siglo XX, el socialismo de Estado y el marxismo del Tercer Mundo fueron impulsados por la mercantilización del dinero y del trabajo, lo que dio lugar a formas distintas de protección social en los tres mundos. En la tercera ola, la mercantilización de la naturaleza había tomado la delantera. En cada fase, la escala del contramovimiento aumentó –de local a nacional y luego global– mientras que el socialismo adoptó nuevas formas, desde utópicas hasta estatales y sociales[44].

Burawoy encontró aquí una causa común con la asunción por parte de Erik Olin Wright de las «utopías reales» en las que el socialismo se entendía como el empoderamiento colectivo de la sociedad sobre el mercado y el Estado. El socialismo no surgiría a través de una ruptura revolucionaria o de una acción estatal vertical, sino a través de «la transformación molecular de la sociedad civil». Burawoy argumentaría, sin embargo, que Wright no logró conectar su programa de investigación sobre el análisis de clase, que se prolongó durante varias décadas, con sus «utopías reales», además de sugerir que los contramovimientos polanyianos, engendrados por la tercera ola de mercantilización, podrían proporcionar el eslabón perdido entre la dinámica del capitalismo y la realización de los experimentos sociales de

---

[43] El marxismo sociológico de Burawoy contenido en «Marxism after Polanyi» difería notablemente del presentado por Erik Olin Wright, que se centra en la reconstrucción del marxismo en torno a los fracasos de la revolución y la crisis. Un proyecto de libro que habían planeado parece haber fracasado debido a las diferencias entre los dos viejos amigos. Véase Michael Burawoy y Erik Olin Wright, «Sociological Marxism», en Jonathan Turner (ed.), *Handbook of Sociological Theory*, Nueva York, 2002.

[44] Michael Burawoy, «Marxism after Polanyi», en Michelle Williams y Vishwas Satgar (eds.), *Marxisms in the 21st Century: Crisis, Critique and Struggle*, Johannesburgo, 2013, pp. 44, 49; Michael Burawoy, «For a Sociological Marxism. The Complementary Convergence of Antonio Gramsci and Karl Polanyi», *Politics & Society*, vol. 31, núm. 2, 2003.

Wright[45]. La crítica de Dylan Riley tanto a Wright como a Burawoy cuestionaba el potencial prefigurativo de estas «utopías» a pequeña escala. Señalando con precisión las numerosas debilidades históricas y analíticas de *La gran transformación*, se preguntaba si Polanyi era el vehículo adecuado para reconectar la dinámica del capitalismo con los posibles agentes del socialismo[46]. Aunque se trataba de críticas justas, dejaban sin respuesta la cuestión de cómo reconstruir el marxismo a la luz de las transformaciones históricas, que habían llevado a Burawoy a cambiar de perspectiva. Si el desarrollo capitalista no sienta inexorablemente las bases para su propia destrucción, ¿puede la izquierda permitirse descartar los experimentos que pretenden desmercantilizar la existencia aquí y ahora?

Bourdieu. Si el cambio descomunal acaecido en el capitalismo mundial impulsó el giro de Burawoy hacia Polanyi, el empeño de sus alumnos, que tuvieron que superar un gran escepticismo, le llevó a interesarse por Bourdieu. Burawoy había leído a Bourdieu de forma intermitente, pero encontraba poco que fuera realmente original, muchos préstamos no reconocidos de la tradición marxista y un lenguaje confuso y desagradable. En su opinión, *Schooling in Capitalist America*, de Bowles y Gintis, era un análisis más lúcido de cómo las escuelas reproducen la estructura de clase que *La reproduction: Éléments pour une théorie du système d'enseignement* (coescrito con Jean-Claude Passeron y publicado en 1970). El estudio de Bourdieu sobre la sociedad cabileña en *Esquisse d'une théorie de la pratique* (1970) era etnográficamente inferior a la descripción de Van Velsen del parentesco como manipulación estratégica de las normas. *La distinction: Critique sociale du jugement* (1979), que Burawoy se llevó a Hungría y leía después de su turno de trabajo en la Acería Lenin, le dejó preguntándose si Gramsci «no lo había dicho todo antes, pero de forma más sucinta y con más respeto hacia la clase obrera»[47].

Pero el escepticismo dio paso a la curiosidad, cuando un estudiante señaló un pasaje de las *Méditations pascaliennes* (1997) de Bourdieu sobre la «doble verdad del trabajo» en el que, en paralelo a Burawoy, argumentaba que la implicación existencial de los trabajadores en el trabajo conduce a un reconocimiento erróneo de la verdad objetiva del trabajo como explotación. Bourdieu incluso había utilizado la metáfora de los juegos que «oscurecen

---

[45] Michael Burawoy, «Historia de dos marxismos», *NLR* 121, marzo-abril 2020.
[46] Dylan Ryley, «¿Utopía real o empirismo abstracto? Comentario sobre Burawoy y Wright», *NLR* 121, marzo-abril de 2020.
[47] Michael Burawoy, *Symbolic Violence: Conversations with Bourdieu*, Durham (NC), 2018, p. 6.

las condiciones de su propio juego»[48]. Sin citar *Manufacturing Consent: Changes in the Labour Process under Monopoly Capitalism*, publicado casi veinte años antes y extractado en *Actes de la recherche en sciences sociales*, la revista dirigida por Bourdieu, este había avanzado un argumento similar, pero lo había denominado «violencia simbólica» en lugar de hegemonía. ¿Cuál era la diferencia? En la primavera de 2005 Burawoy insistió a Loïc Wacquant para que lo admitiera en su seminario de posgrado, conocido en el campus como el «campamento de entrenamiento de Bourdieu». Burawoy ampliaría los apuntes que escribió para el seminario en una serie de conferencias, que finalmente se publicaron como *Symbolic Violence: Conversations with Bourdieu*.

El libro, un viaje característicamente profundo a la vasta obra de Bourdieu, sitúa a este último en diálogo con teóricos sociales –Marx, Gramsci, Fanon, Freire, de Beauvoir– con los que el gigante de la sociología francesa rara vez se había dignado a interactuar[49]. Aunque aprecia la grandeza del sistema teórico de Bourdieu, las comparaciones de Burawoy son en gran medida desfavorables. Al carecer de una teoría del capitalismo, el espacio social de Bourdieu no tenía contradicciones internas que impulsaran el cambio. Su análisis del colonialismo y la revolución en Argelia compartía las debilidades, pero no las fortalezas, de Fanon. Su noción de la dominación de género era una «pálida imitación» de la de de Beauvoir, a quien había descartado en una nota al pie. Su teoría de la reproducción social en la educación era demasiado despectiva con la pedagogía alternativa de Freire. En el centro del libro se encuentra una conversación a tres bandas entre Bourdieu, Burawoy y Gramsci, en la que nuestro autor se pregunta, si la reproducción social se orquesta a través de la violencia simbólica o de la hegemonía.

Aquí Burawoy reconoció que Bourdieu tenía razón en un punto importante, que ponía de manifiesto un problema presente tanto en la teoría de Gramsci como en la suya propia. La noción de consentimiento de Gramsci no lograba captar el «ocultamiento de la explotación», que sin duda era fundamental en el argumento de Burawoy sobre cómo se asegura y se

---

[48] Pierre Bourdieu, *Pascalian Meditations*, Stanford (CA), 2000, pp. 202-205 [ed. orig.: *Méditations pascaliennes*, París, 1997; ed. cast.: *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, 2006]; M. Burawoy, *Symbolic Violence: Conversations with Bourdieu*, cit., pp. 150, ix. Gretchen Purser, estudiante de posgrado de Berkeley, llamó la atención de Burawoy sobre la «doble verdad» de Bourdieu y formó parte de un pequeño grupo de estudiantes, que le convenció para que admitiera a Bourdieu en los exámenes de calificación de Teoría en Berkeley.
[49] *Ibid.*, pp. 2, 13.

oculta el plusvalor. ¿Tendría que haber titulado su libro *Manufacturing Misrecognition*?[50]. Burawoy pensaba que no. El hecho de que Bourdieu situara el origen del desconocimiento en el funcionamiento universal del *habitus* daba lugar a «una noción de estructura social, que nunca puede cambiar» y a agentes sociales, que nunca podrían tomar conciencia de sus propias condiciones objetivas. «Mistificación» era el término más adecuado para describir los procesos sociales, que producen «la distancia entre la experiencia y la realidad». El análisis comparativo de Burawoy sobre la subjetividad de los trabajadores en diferentes regímenes de producción demostró que estas características de la reproducción social no eran ni atemporales ni universales. Los dominados no eran, como parecía suponer Bourdieu, inherentemente «incapaces de comprender las condiciones de su propia sujeción».

Du Bois. A partir de 2020, mientras el movimiento por la justicia racial resonaba en la sociología estadounidense, Burawoy invirtió su propio capital simbólico en la canonización de W. E. B. Du Bois en la disciplina. Pero, al contrario que los defensores y estudiosos de Du Bois, que pretendían «descolonizar» la sociología mediante la abolición del canon, Burawoy defendió, de forma poco convencional, el canon como el mejor activo de la sociología: la base de los programas de investigación teórica en competencia cuyos antagonismos generaban el crecimiento del conocimiento. Devorando el inmenso corpus de Du Bois con su característico rigor, Burawoy pasó sus últimos años instando a la sociología a abrazar a Du Bois, yendo más allá de la celebración para llegar a la reconstrucción. Burawoy seguía trabajando en esta tarea inconclusa en el momento de su muerte, pero algunas coordenadas están claras[51].

En primer lugar, tomar en serio a Du Bois como teórico exigía ir más allá del empirismo de *The Philadelphia Negro* (1889). Era necesario estudiar la evolución del imaginario teórico de Du Bois a lo largo de seis décadas de escritura, sin olvidar sus críticas al imperialismo y la supremacía blanca contenidas en *Darkwater* (1920) y su magistral análisis de la estructura de clases racializada de Estados Unidos y la posibilidad irrealizada de su transformación llevado a cabo en *Black Reconstruction in America* (1935). Sin embargo, extraer proposiciones teóricas más amplias de la obra de Du Bois no era tarea fácil.

---

[50] *Ibid.*, pp. 150, 152, 153, 11.
[51] M. Burawoy, «Decolonizing Sociology: The Significance of W. E. B Du Bois», *Critical Sociology*, vol. 47, núm. 4-5, 2021; M. Burawoy *et al.*, «Why Now? Thoughts on the Du Boisian Revolution», *Sociology Compass*, vol. 18, núm. 8, 2024.

Como sabe cualquier lector de *Black Reconstruction in America*, hay que leer casi ochocientas páginas de historia, incluyendo enormes citas, para desentrañar la brillante, pero en gran parte implícita, conceptualización efectuada en el libro de las relaciones existentes entre clase, raza y capitalismo. La teoría de Du Bois tenía que ser extraída y formalizada, situada en su tiempo y contexto, puesta en diálogo con otros teóricos sociales y reconstruida para su uso en el momento presente.

En segundo lugar, tratar a Du Bois como teórico significaba reconocer que fue marxista durante los últimos treinta años de su vida. Pero, ¿qué tipo de marxista? Aquí Burawoy discutía contra el engañoso título de Cedric J. Robinson, *Black Marxism* (1983), que presentaba a Du Bois como alguien que había abandonado el marxismo para adherirse a la tradición radical negra, esto es, al linaje de la resistencia negra al capitalismo racial. Al presentar tanto el capitalismo como el marxismo como marcados desde su origen por la lógica racial de la civilización europea, Robinson había interpretado el marxismo de Du Bois basándose en el duro desafío que este planteaba a los dogmas del marxismo soviético y sus ramificaciones estadounidenses de la Tercera Internacional. Burawoy argumentó lo contrario, que Du Bois pasó de la tradición radical negra al marxismo negro y nunca lo abandonó[52]. Du Bois debe considerarse parte de una tradición marxista, que también incluía a Oliver Cromwell Cox, Frantz Fanon, Stuart Hall y Walter Rodney. Aunque también podría afirmarse que estos pensadores pertenecían a una tradición radical negra, no era convincente despojarlos de las dimensiones marxistas de su pensamiento. El marxismo siempre había evolucionado precisamente a través del tipo de reconstrucciones creativas que ofrecía el marxismo negro.

En uno de sus últimos artículos, remitiéndose a su primer estudio sobre «el color de la clase» vigente en el sur de África, Burawoy comparó acertadamente a Du Bois con su querido Fanon. Ambos comenzaron con la fenomenología de la raza y terminaron con una teoría estructural de la relación entre raza y capital. Ambos transformaron la teoría marxista al «incorporar sistemáticamente un análisis de la raza en la dinámica del capitalismo, la política de clase y la posibilidad del socialismo». Fanon analizó la lucha de clases «en el lado oscuro de la línea de color», postulando que el equilibrio de las fuerzas de clase imperante entre los colonizados determinaría su trayectoria poscolonial: la liberación nacional liderada por el campesinado y los intelectuales

[52] M. Burawoy, «Walking on Two Legs: Black Marxism and the Sociological Canon», *Critical Sociology*, vol. 48, núm. 4-5, 2022.

o el nacionalismo burgués basado en una alianza entre el capital nacional, la aristocracia obrera urbana y los líderes tribales. Du Bois analizó la clase en «el lado blanco de la línea de color», explicando cómo la supremacía blanca construyó una alianza de clases entre los plantadores del sur, la burguesía del norte y la clase obrera blanca. El punto débil de Fanon fue, contraintuitivamente, la subestimación del poder del neocolonialismo para frustrar el camino de la liberación nacional, mientras que Du Bois mostró su debilidad fundamentalmente en lo que atañe a las divisiones de clase presentes en África y en la América negra[53].

¿Cuáles fueron las lecciones del diálogo de Burawoy con el marxismo negro? La primera fue política. La idea de Fanon era que la descolonización fracasaría debido a las divisiones de clase existentes entre los oprimidos raciales, mientras que la idea de Du Bois era que el socialismo fracasaría debido a las divisiones raciales presentes en la clase trabajadora. El decolonialismo ciego a la clase y el marxismo ciego a la raza eran, cada uno a su manera, inadecuados. El segundo punto, analítico y metodológico, era que el marxismo negro ofrecía algo más que una invocación ritual del capitalismo racial, concebido como un monolito histórico. Ya fuera Hall, Du Bois o Fanon, sus teóricos ofrecían análisis concretos de las relaciones sociales variables existentes entre clase, raza y acumulación en las geografías desiguales del sistema-mundo capitalista. Rompiendo con un debate contraproducente sobre la primacía de la clase o la raza, la intervención de Burawoy identificó un camino entre la Escila del reduccionismo de clase y la Caribdis de un racismo divorciado de la clase y el capital.

Reconstruir a Burawoy

A Burawoy le gustaba bromear diciendo que el desastre le seguía allá donde iba. Las minas de cobre de Zambia fueron privatizadas bajo el dictado de un programa de ajuste estructural del FMI. La Unión Soviética se derrumbó mientras él fabricaba estanterías en Siberia. La fábrica de Allis-Chalmers se convertiría en un páramo postindustrial, víctima de la reestructuración neoliberal que socavaría no solo los regímenes de producción hegemónicos, sino la importancia relativa de la producción como tal en los países capitalistas avanzados. Otros sociólogos, muchos de ellos alumnos y colegas de Burawoy, aplicarían la teoría de

[53] Véase M. Burawoy, «The Making of Black Marxism: The Complementary Perspectives of W. E. B. Du Bois and Frantz Fanon», en Aldon Morris *et al.* (eds.), *The Oxford Handbook of W. E. B. Du Bois*, Nueva York, 2022, pp. 19-20.

los «regímenes de producción» de forma más amplia, incluyendo el trabajo de servicios con perspectiva de género en el Norte global en proceso de desindustrialización y la deslocalización de la fabricación en el Sur global, demostrando su capacidad para explicar la política laboral en diversos contextos. Estos estudiosos mostraron cómo los regímenes de producción tenían una dimensión de género, siguiendo la feminización del trabajo en sectores clave de la economía global. ¿Se produjo alguna vez el consentimiento al capitalismo *únicamente* en las fábricas? Los trabajadores de la industria pesada nunca fueron mayoría en la población activa estadounidense; su número ya estaba disminuyendo precipitadamente a mediados de la década de 1970, cuando Burawoy trabajaba en la fábrica metalúrgica de Chicago. ¿Era necesario desde el principio un análisis complementario de la sociedad civil? En el contexto de la recomposición de la clase trabajadora en el Norte global y la expansión de las poblaciones relativamente excedentes en la mayor parte del Sur global, su necesidad es hoy indiscutible[54].

¿El método de caso ampliado de Burawoy era lo suficientemente «amplio» como para poder tener en cuenta las macrofuerzas globales, que estructuraban estos regímenes de producción? En años posteriores, reconoció su error al no mirar más allá de «la configuración nacional de las fuerzas de clase»: al ignorar las fuerzas globales, «ya fuera el precio del cobre o el ajuste estructural del FMI», no supo anticipar el destino del cinturón del cobre zambiano. Al revisar su estudio sobre la Allis-Chalmers, confesó: «Estaba ciego ante el futuro, que ya se abría ante mí: no muy lejos, las acerías cerraban una tras otra. ¿Por qué iba a escapar al mismo destino el sector industrial?». Su conclusión: «Le di la espalda al futuro». Esta autocrítica apuntaba de manera interesante a la posibilidad de conectar las ideas del marxismo macrosociológico, como la teoría del sistema-mundo, con los microprocesos de formación de clases y política[55].

---

[54] Véase, entre otros trabajos, Jeffrey Sallaz, *The Labour of Luck: Casino Capitalism in the United States and South Africa*, Berkeley (CA), 2009; Rachel Sherman, *Class Acts: Service and Inequality in Luxury Hotels*, Berkeley (CA), 2007; Ching Kwan Lee, *Gender and the South China Miracle: Two Worlds of Factory Women*, Berkeley (CA), 1998; Ruth Milkman, *Gender at Work: The Dynamics of Job Segregation by Sex During World War II*, Urbana (IL), 1987; Leslie Salzinger, *Genders in Production: Making Workers in Mexico's Global Factories*, Berkeley (CA), 2003; Lu Zhang, *Inside China's Automobile Factories: The Politics of Labour and Worker Resistance*, Cambridge, 2015.
[55] M. Burawoy, *The Extended Case Method: Four Countries, Four Decades, Four Great Transformations and One Theoretical Tradition*, cit., p. 251; M. Burawoy, «*Manufacturing Consent* Revisited», cit.

Desprovistos de la disciplina de la investigación empírica, no todos los trabajos teóricos posteriores de Burawoy resultaron totalmente convincentes. ¿Las tres oleadas históricas de mercantilización generaron realmente contramovimientos motivados por la protección de diferentes mercancías ficticias? Es casi seguro que no: la mercantilización de la tierra –los cercamientos– precedió a las demás y nunca se detuvo. Dados el fetichismo de la mercancía de Marx y la reificación de Lukács, ¿el marxismo necesitaba a Bourdieu para teorizar la mistificación? ¿Y por qué el marxismo negro debería privilegiar las dimensiones estructurales del racismo sobre las fenomenológicas? ¿Conectarlas no sería más fiel al marxismo sociológico de Burawoy y a Du Bois? No obstante, estas intervenciones teóricas excepcionalmente lúcidas fueron intentos serios de abordar las luchas materiales generadas por las últimas oleadas de mercantilización y su entrelazamiento con formas de dominación no clasistas. Burawoy insistió en que el marxismo debía ser lo suficientemente flexible como para abordar las grandes cuestiones que afronta el planeta hoy en día, incluso si las respuestas requerían programas de investigación que fueran más allá de la política de la producción. A lo largo de las diferentes fases de su obra, desde su reconceptualización radical de la política de la producción hasta sus innovadores diálogos teóricos, Michael abrió el camino a un marxismo capaz de lidiar con un capitalismo en constante mutación sin perder nunca el contacto con la vida cotidiana de las víctimas y con los adversarios potenciales del capitalismo. Michael Burawoy ha recogido sus herramientas, pero las tenemos ahí para que cualquiera que lo desee pueda utilizarlas.